

espaldarazo son ceremonias a que se atribuye el mágico poder de purificar y transformar substancialmente las cosas y las personas, saltando sobre la infranqueable ley de las causas y los efectos, haciendo además justicia sectaria, parcial y puramente nominal, y por tanto injusticia positiva, allí donde la ignorancia impone sus torpes limitaciones y deja en el desamparo del error y de la iniquidad a la generalidad de los hombres.

Caballero ya, y enamorado, es decir, hallándose en gracia y con un ideal a cuestas, si bien la gracia era tan poco eficaz que no logró arreglar en justicia sino que agravó el conflicto entre el obrero Andrés y el burgués Haludo, y el ideal atribuía la sin par hermosura de Dulcinea a la rústica campesina Aldonza Lorenzo, que conocía de oídas, *D. Quijote no supo hacer cosa mejor que lo que hace en su caso todo el que lleva algo en la mollera, que es tratar de imponer su ideal a quien no le comprende ni le siente; y así salió al camino a exigir a los mercaderes toledanos la declaración de que Dulcinea era la doncella más hermosa del mundo. No sirve que el buen sentido, por boca de uno de la caravana, exponga razonablemente que sin conocerla no podían en conciencia hacer tal declaración; el idealista atropella por todo, y lanza en ristre, acomete la hazaña de persuadir a los incrédulos. Del mismo modo vemos que en los vaivenes con que la historia consigna el largo predominio de los antiprogresivos y el efímero de los revolucionarios, tras las alternativas de lucha de ambos bandos, hay períodos denominados terror blanco o terror rojo, cuya génesis radica en algo que tiene analogía con aquel acto quijotesco.*

Vuelve o le vuelven a su casa a curarse de los porrazos recibidos, y en ella deudos y amigos, tomando por causa eficiente de la locura del lesionado lo que a lo sumo podía ser consecuencia, deciden someter su biblioteca a riguroso escrutinio, y otra vez vemos allí un criterio dominante que se im-

pone, el del cura, que otorga la merced de la vida a los libros que con él concuerdan o tienen alguna analogía, y condena sin remisión al fuego a los contrarios. ¡Pobres libros! producto del saber y del sentir, expresión de un ideal forjado en cerebros de determinada época como efecto de la evolución histórica que, juzgados por la parcialidad de un enemigo, tal vez incapaz de superarlos y ni siquiera de igualarlos, dejan en la memoria un nombre infamado y son destruidos sin esperanza de reparación. ¿Merecían tal castigo? Un comentarista inglés, Thomas Roscoe, dice a este propósito: «No hay duda que la mitología caballeresca contribuyó a inspirar nociones muy puras de honra y de moralidad a las naciones modernas. Desde luego purificóse el amor, de manera que sin encarecimiento podemos decir que seguramente debemos a los autores de *Lanzarote, Amadis y Orlando* la exquisita galantería que distingue a las modernas naciones europeas de los pueblos antiguos; ese respeto a la mujer, rayano en idolatría que los griegos desconocieron por completo. Briseida, Andrómaca y Penélope caían resignadas en los brazos de sus conquistadores, que hacían de ellas sus esclavas al par que sus esposas. La buena fe en los tiempos modernos, se ha puesto al servicio de la fuerza, proclamándose que la felonía es deshonor. Los antiguos la tuvieron por inmoral, pero no la consideraron vergonzosa. El sentimiento del honor fué íntimamente enlazado con nuestra propia existencia, la deshonor se juzgó peor que la muerte y el valor una cualidad indispensable, no sólo para el soldado sino para el hombre en general, sin distinción de clases ni de categorías». Por donde se ve que el escrutinio de los libros puede merecer graves censuras. Sin embargo no podía ese pasaje ser inspirado por iracundo fanatismo, si se considera, como hace notar el autor citado, que «ninguno de los libros condenados a la hoguera es tildado de falta de numen,» y procediendo así, Cervantes bien pudo